RUBÉN SÁNCHEZ TRIGOS

BAJO EL BARRO

Llamarás para entrar,
gritarás para salir.

booket

Rubén Sánchez Trigos

Bajo el barro

Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rubén Sánchez Trigos, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: A partir de varias imágenes de Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: octubre de 2020

Depósito legal: B. 13.733-2020
ISBN: 978-84-08-23414-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

1

Entrevista a Ernesto, agente de la Policía Municipal de Madrid, distrito de Carabanchel (nombre falso a petición del testigo). Extraída de Pasaje del Terror*, emitido en Antena 3 el 29 de diciembre de 2019. (Se reproducen los brutos sin editar con permiso del grupo Atresmedia.)*

Se ha pixelado el rostro del agente y la entrevista se realiza en un parque anónimo. El entrevistado está sentado en un banco; al fondo, hileras de árboles, arbustos, corredores, familias, perros.

—Llegamos a la escena antes de las doce, de eso estoy seguro. La llamada se había producido, no sé, unos cuarenta minutos antes. En la comisaría de Carabanchel. Mi compañero y yo andábamos patrullando por Aluche, no recuerdo bien la zona exacta, cuando nos avisaron por radio. No parecía urgente. Sonaba extraño, eso sí. Raro, confuso. Parece que la persona que había llamado no sabía explicar muy bien lo que

estaba pasando. Primero dijo que había desaparecido alguien. Luego, que un grupo de personas estaban atrapadas en no sabía muy bien qué sitio. Lo que nos llamó la atención es que proviniese de la colonia Monte Laurel. Para nosotros hay..., no sé cómo decirlo sin que suene clasista: puntos calientes. La colonia era, y es, uno de esos sitios. A ti te decían que tenías que ir para allá y lo primero que pensabas era: «Ya está, una pelea entre yonquis con muertos de por medio, un marido que la ha tomado con su esposa delante de los críos». Altercados de ese estilo. Pero mira por dónde, esta vez no era ninguna de esas cosas. El que había llamado era el director de un instituto, nada menos. El Julio Verne. No sé qué de unos chavales y un juego que se había ido de madre.

»Nada más parar el coche, ya vimos que allí había una buena comitiva esperándonos detrás de la valla. La mayoría adultos, algún crío. Yo diría que llevaban un rato largo en la calle. Y eso que hacía calor, ¿eh? No parecía junio. Mi compañero y yo..., le puedo llamar Joaquín, ¿no? Es por no decir su nombre de verdad, que lo mismo no le hace gracia; bueno, pues los dos teníamos la camiseta pegada al cuello desde las once de la mañana como poco. El instituto me pareció, pues eso, uno cualquiera, ¿no? Tengo entendido que a los vecinos les había costado años de lucha que pusieran un centro de secundaria en la colonia, así que tendría..., no sé, veinte, treinta años tirando por lo alto.

»Casi estábamos en la puerta cuando salió un hombre a recibirnos. Recuerdo que pensé: "Vaya ojeras tiene este pobre". Me pareció que estaba para el arrastre. Pero no como si se hubiera pasado la noche de parranda, ya me entiendes. Se presentó: Luis Manuel, el direc-

tor del Julio Verne. Nos dijo: "Qué rápido han venido, me alegro mucho, agentes". Joaquín quiso ratificar que él era quien había efectuado la llamada, y el director dijo que sí, y también el responsable del festival. Mi compañero y yo debimos poner cara de póquer, porque el tal Luis Manuel añadió en seguida: "El festival de fin de curso. Es que esta mañana celebramos una fiesta, ¿saben? Bueno, como todos los años. Por eso les hemos avisado". Joaquín le preguntó qué había pasado, quiénes eran esas personas que habían desaparecido, si tenían relación con la fiesta o qué. Y el director, no sé si muy serio o muy cansado, dijo: "No ha desaparecido nadie, agentes. Sabemos muy bien dónde están".

»Se dio la vuelta y nos invitó a entrar. Mire, fue ponernos en marcha y toda esa gente que estaba esperando en la valla se vino detrás de nosotros. Yo pensaba que nos llevarían a alguna clase o a algún despacho. Todos esos centros son iguales, tienen las clases arriba y los despachos y las salas de profesores en la planta baja. Yo mismo fui a uno muy parecido, en Murcia. Pero no; resulta que el director nos llevó hasta unas escaleras. "Bajemos por aquí", dijo. Tuve una sensación muy intensa mientras las bajábamos, fíjese que hasta me da un poco de vergüenza hablar de ella.

Voz del reportero (casi inaudible):

—Usted cuente lo que vio. Aquí no estamos para juzgar a nadie.

El agente coge aire y lo suelta:

—A ver si me sé explicar: me sentí un poco como si estuviéramos tomando un camino equivocado. A veces, cuando llegas a la escena de un crimen, todavía notas en el aire la energía de lo que ha ocurrido. Hay mucho de autosugestión en esto, ¿eh?, da igual los años que

lleves de servicio. Cualquier policía se lo puede decir. Pero en ese instituto no se respiraba violencia, ¿sabe? Al revés. Tenías la sensación de ser bienvenido. De que alguien o algo quería que entrases. Y no era el director ni la gente de la puerta. ¿Me entiende?

Voz del reportero:

—Se entiende muy bien.

—Creo que fue entonces cuando vimos los adornos. Estaban por todas partes, ahora me parece hasta excesivo: en las paredes, en el techo, sobre las puertas. Se notaba que los chavales se lo habían trabajado. Había figuras humanas hechas con ovillos de lana, alambres retorcidos con forma de sombreros, borlas de fieltro de colores, campanitas de papel, bombillas viejas cubiertas de purpurina, calabazas de esas de Halloween de cartón. Allí estaba todo mezclado: Navidad, Semana Santa, verano. Un lío. Me acordé mucho de mi niña. Esa semana justo se había enfadado por un trabajo de Artes Plásticas que no terminaba de salirle. Un Papá Noel de trapo. Tuvimos que ayudarla su madre y yo. Qué cosas. Da igual de qué barrio sean, al final todos los niños se parecen.

»Llegamos a la planta baja y resulta que allí también había gente esperando. Pero, fíjese, esta vez solo eran chavales. El pasillo todo lleno. Estaban de pie, formando dos filas, una a cada lado, sin decir ni mu. Yo no sé si nos tenían respeto o qué. La cosa es que Joaquín y yo pasamos entre ellos siguiendo al director. Algunos alumnos estaban maquillados. O disfrazados. O las dos cosas. Ahí estaba Thor, el Capitán América, Scarlett Johansson con el traje de cuero negro ese, Han Solo, Darth Vader, Jon Nieve y muchos personajes de dibujos japoneses de los que ve mi cría que a mí ni me sonaban.

Parecía carnaval aquello. Las puertas de las aulas estaban cerradas y tenían papeles escritos pegados con celo. En una puerta ponía: "Puerta de Hodor". No se me ha olvidado. (El policía lo pronuncia *Jodol*.) En otra puerta ponía: "Viaja al pasado con Rick y Morty". Y así unas cuantas más: "Salto al hiperespacio", "Duelo de dragones", "Taller de esgrima láser". Debería haber sido una fiesta alegre, pero veías las caras de los chavales, tan serios... Joaquín preguntó al director que de qué iba todo eso. El tal Luis Manuel, sin darse la vuelta, nos contó que era una tradición. Todos los años, la última semana del curso, los chavales organizaban un festival. También venían los padres; bueno, los padres de los pequeños. Los mayores no les dejaban acercarse ni locos. Básicamente era una fiesta donde bebían cocacola, picaban algo y pasaban de aula en aula para participar en los juegos de sus hijos. Se tiraban un mes preparándolos, por grupos, todas las tardes después de clase. "Este año hay uno nuevo —dijo el director—. Aunque, si quieren que les diga lo que pienso, yo jamás habría permitido a los alumnos montarlo. Un juego debe ser educativo, enseñar valores, valores positivos, y no esta... cosa. Y mira que se lo dije. Se lo dije a todo el mundo, coño." Dijo *coño*, así, delante de los chavales. Yo creo que alguno se rio. Yo me reí.

»El director se había parado delante de la última puerta. El pasillo doblaba ahí y luego acababa en un punto ciego. Joaquín y yo la miramos de arriba abajo. Parecía más antigua y más pesada que las otras. Yo deduje en seguida: "La biblioteca". No me pregunté cómo lo supe, me pareció que el sitio infundía respeto, nada más. El director nos hizo un gesto con la mano para que nos apartáramos y nos dijo: "Por favor, vayan

detrás de mí y tengan cuidado. Ahí dentro está oscuro". Luego abrió la puerta un poco, lo justo para pasar él. No se veía nada al otro lado, era verdad. Aquello estaba negro como boca de lobo. No sé, mucho sentido no me pareció que tuviese eso: una biblioteca a oscuras. Desde dentro, el hombre nos dijo que pasásemos con cuidado porque la puerta arrastraba y no se abría del todo.

»Antes de entrar yo también, me volví hacia toda esa gente, estudiantes y adultos. Me miraron como si yo fuera a hacer *puenting* o algo peor. Al principio, tardé en acostumbrarme a la falta de luz. Teníamos linternas en el coche, pero nadie nos había avisado de esta contingencia. No veía ni a mi compañero ni al director, pero sí que podía notarlos cerca. Hacía más frío allí dentro que en el pasillo. Al poco, eso sí, confirmé que era la biblioteca. Se distinguían más o menos las estanterías y las mesas y los libros de canto. Las persianas estaban bajadas. Pero completamente, ¿eh? Eso sí me llamó la atención, fíjese. "Tengan cuidado —dijo el director—, no tropiecen con nada, los chavales han manipulado los contadores, no sabemos muy bien cómo. También han pegado con silicona las persianas; estamos intentando arreglarlo."

»No todo era oscuridad. Un poco más adelante había luz. Pero era de velas. O cirios, nunca he sabido diferenciarlos. Son lo mismo, ¿no? Había unas cuantas velas en el suelo, como formando un camino. Y el director se puso a seguirlo. Mi compañero Joaquín y yo íbamos detrás de él, a lo que surgiese. Recuerdo que miré las estanterías y pensé: "Oye, aquí hay muchos libros, ¿no? Mucho papel. No es buena idea esto del fuego". Pero parece ser que nadie más había caído. "Es aquí", dijo el director, y se paró.

Hace una pausa. Tamborilea con los dedos en las rodillas.

—Lo primero que me vino a la mente es que allí había un cadáver colgado. Eso es lo que pensé cuando vi aquella cosa que pendía delante. Dije para mí: «Pues ya está, uno que se ha ahorcado durante la fiesta, delante de los chavales y de todo cristo». Luego me fijé mejor y vi que era una cabeza solo, que no había cuerpo, y vi también que tenía luz dentro de los ojos, y distinguí la carne desollada, y el hocico, y la forma de las orejas, y caí en lo que era. Una cabeza de vaca. Ni más ni menos. Y además no estaba colgada ni nada: estaba en lo alto de una especie de tarima. Supongo que hecha con estanterías, no sé. Habían revestido las estanterías con bolsas de basura negras y, claro, en la oscuridad pasaba desapercibida. Alguien le había arrancado la piel al animal y le había vaciado los ojos, y luego le había metido dos velas pequeñas dentro de las cuencas vacías para que causara efecto. Y, oiga, impresión daba impresión, las cosas como son. Yo mientras la miraba pensé: «No sé quién ha sido, pero para hacer esto han tenido que sacar también los sesos frescos». Se me hacía inconcebible que aquello pudiera ser cosa de críos, pero...

»Vi que Joaquín pasaba de la cabeza y saludaba a alguien. Ni con las velas se veía bien quién era; estaba con el director, hablando. Entonces la vi. Una mujer. "Una maestra", pensé yo. Y así nos la presentó Luis Manuel: la maestra encargada del juego. Berta, creo que se llamaba. Igual me equivoco. Una chica muy joven, ¿eh? Para mí que ese era su primer trabajo. Es eso lo que hacen con los profesores en prácticas, ¿no? Los envían a los distritos con mayores tasas de fracaso escolar. Como la colonia. Así, para que se vayan foguean-

do. “Buenas tardes —le dijo Joaquín—. ¿Puede explicarnos lo que ha ocurrido, por favor? A ver si conseguimos entender algo.” La luz de las velas, no las del suelo, sino las de la cabeza de vaca, se reflejaba en los ojos de la profesora, no he podido olvidar esa imagen. Eso y que la maestra estaba como fuera de lugar. Estaba que no estaba. Fíjate que de primeras pensé que era a ella a la que le había pasado lo que fuese. Estaba histérica, la chica. Nos dijo: “No, creo que no, creo que no puedo explicarles nada”. Casi no se la oía. Más que asustada, era como cuando intentas hablar bajo para no despertar a alguien. “Inténtelo, por favor”, insistió Joaquín. Mi compañero tenía muy buen don de gentes. Ella hizo un gesto muy raro con la cabeza, así como si fuera a salir corriendo, y dijo: “¿Por qué no lo ven ustedes mismos, agentes?”. Entonces se apartó un paso, solo uno, muy corto, y fue cuando nos topamos con la puerta. La teníamos delante todo el rato, pero como estaba toda forrada con bolsas de basura negra y la biblioteca estaba tan a oscuras, pues o te la señalaban expresamente o nada. Nos quedamos examinándola, yo creo que sin entender nada, un poco fascinados, porque aquello era para verlo. Fue Joaquín el que dijo en voz alta lo que estábamos pensando: “¿Y esto qué es? ¿Otro juego?”. A lo que el director contestó: “No es ningún juego. Cuatro adultos han pasado esta mañana y han desaparecido ahí dentro”.

—¿Qué es lo que se le pasó por la mente al oír eso?

—¿La verdad? Que no nos necesitaban a nosotros. Que necesitaban a los bomberos o a Iker Jiménez. (Ríe.)

—¿Supieron lo que era nada más verlo, o alguien tuvo que decírselo?

—Claro que lo supimos. Había un cartelón enorme en la puerta, como en las clases del pasillo. Pero las letras de este estaban pintadas de rojo, con témpera o algo parecido, como si fueran sangre, y arriba, en lo más alto, ponía el nombre del juego. Fue leerlo y, lo siento, pero me entró una especie de risa nerviosa. Ahora me arrepiento.

—¿Por qué?

—Bueno, me pasa igual cuando veo una película de terror. O cuando llega Halloween y todo el mundo se pone a colgar esqueletos en los escaparates. Me pone nervioso. Pienso que a todo el mundo se le ha ido la cabeza. Que hay una conspiración. Que solo quedo yo cuerdo.